

Benjamín Subercaseaux

Daniel, niño de lluvia

«Un enfant est peu propre á trahir sa pensée».

J. Racine.—Athalie.

VI

Los años 1907 y 8 fueron una especie de interregno entre el Gran Terremoto y el primer viaje. Daniel pasó esa época vaga descubriendo cosas y modos de vida, tan suavemente, que se habría podido decir que eran las cosas quienes lo descubrían a él. La impresión penosa de esa trágica noche de agosto lo tenía dominado, pero el tiempo, único amigo que sabe usar delicadamente de sus ternuras, no tardó en borrarlo todo. Daniel renacía a una vida nueva. Es la época de los septiembres azules y diáfanos, con sus flores rosadas de duraznos y unas como nevadas que caen de los almendros y se extienden en blancas sábanas al pie de los troncos negros. Mes de las brisas, del batir de las banderas y de los volantines multicolores que crepitan al viento, allá en lo alto, comunicando una impresión de tirantez y turgencia a todo el paisaje de primavera: revientan de juventud los brotes en las ramas nuevas y caen los volantines viejos de los alambres del invierno; la brisa hincha su pecho soplando aires marciales y los penachos blancos se agitan acariciando el fusil bruñido y la mejilla adolescente.

septiembre primaveral, con sus caminos fangosos rodeados de flores y sus charcas donde se ahogan las cordilleras nevadas. septiembre de las tapias cubiertas de musgo que defienden con su sombra la escarcha de la noche; avalancha de la vida que perfora el suelo y sube al cielo como un himno de juventud.

Porque Daniel, aunque era la juventud misma, tenía en septiembre un despertar a la juventud. Hay en el niño como en el hombre, un dormir del entusiasmo durante el invierno, una vejez del cuerpo que se retuerce entre tizanas y fríos del alma. La primavera le devuelve la vida: en el hombre con un renacer del sexo que le ilumina la mirada; con la felicidad en el niño, que lo penetra con sus mil agujitas misteriosas y le va revelando la belleza y el paisaje como si pudiera mirarlos a través de su propia piel.

Por esto, podemos decir que en esta nueva fase de la vida aparecieron otras modalidades que hasta entonces no habían tenido significación alguna para Daniel. Los seres, por ejemplo, comenzaron a interesarle sobremanera; es verdad que captando una parte del mensaje, solamente aquella relacionada con su actuación o la aureola que los circundaba. Hasta entonces, su mente, sus nervios, habían desbordado de «cosas». Aquella primavera, aburrido de tanto juguete inanimado, Daniel se dió en buscar otros, y descubrió a los militares. Buen hallazgo esa etapa intermedia entre la comprensión de las cosas y aquella de los hombres...

Daniel los descubrió en un desfile durante las fiestas patrias. Habían llegado al «Parque» bajo un sol esplendoroso que hacía rutilar los cascos de miles de hombres alineados hasta el infinito. Los jefes pasaban al galope, sable desenvainado y penacho al viento. Planeaba una inquietud en el aire y se adivinaban preparativos en las filas.

De pronto se oyó una clarinada por el lado norte. «¡El Presidente!» dijeron a una voz los que estaban en el coche,

mientras los caballos, alborotados por el tumulto, retrocedían peligrosamente.

—¿Qué es un Presidente, mamá?

—Cállese hijito.

Calló. En verdad, lo importante era mirar. A lo lejos en una nube de polvo venían unos coches extraños tirados por muchos caballos. Los seguía un escuadrón de lanceros con sus banderolas inquietas en la punta de las picas. Al enfrentar el primer regimiento, este presentó armas, como un solo hombre. Los acordes del Himno Nacional llenaron la atmósfera pesada de polvo y de voces de mando; terminaron por perderse detrás de la escolta que ya enfrentaba otras filas. Volviendo a hacer los mismos manejos y soltaron otra vez el mismo arpegio inquietante.

En seguida comenzó el desfile.

Daniel sostenía la respiración para ver mejor. Sin embargo, nada observó de lo que habría podido interesar a otro niño ya más crecido: la postura de los jinetes, la forma de los cuerpos, el barbiquejo rutilante sobre las caras bronceadas. En cambio, el movimiento rítmico de la marcha, el redoble de los tambores y sobre todo, las cureñas con el estrépito de sus ruedas, impresionaron fuertemente a Daniel.

Al cabo de un tiempo descubrió que detrás de la fila de los coches venían llegando otros soldados y como estos estaban más cerca que los primeros, se fué allí para observarlos a su antojo. Era la tropa cubierta de polvo y de sudor que se entregaba al descanso después del desfile. Daniel los miró con el gesto de asco que ponen los niños en las cosas que les interesan, intrigándoles. Ya vecino a ellos, mezclándose en los grupos que iban y venían, (la institutriz conversaba con una amiga en el coche vecino...) se puso a observar cada gesto, entregando su olfato con delicias a las emanaciones de las correas y del sudor que él unía en su imaginación al olor de la pólvora y a los toques del clarín. Allí estuvo largo tiempo pal-

pándolos en espíritu y descubriendo sus secretos: supo que debajo de la guerrera, desabotonada por el calor, los soldados llevaban camisa como toda la gente; que podían conversar de cualquier cosa, aunque no fuera de militares; por fin, observó que eran tan peludos de pecho como sucios de lenguaje, y esto le dió un primer sentido de lo que más tarde llamaría *la obcenidad*.

A pesar de todo. ¡Cómo hubiera querido ser uno de ellos! El tricolor nacional lo transportaba de heroísmo. Sentía el gran general que llevaba dentro... ¡si tan sólo lo hubieran dejado serlo! Imaginaba batallas donde tomaba la bandera de manos de los caídos y avanzaba seguido de sus compañeros a quienes lo unía una amistad homérica...

Tarde ya, cuando el coche americano volvió a casa con los vidrios cerrados y que él, aprisionado en el abrigo como un muñeco de sombra, había dejado escaparse hasta el último asomo de rebelión, recordó con tristeza esos sueños de heroísmo y de gloria. Su mirada lejana adquirió una fijeza cruel cuando pasaron, sin entusiasmo, los últimos regimientos que volvían a los cuarteles. Se arrellanó en el fondo del coche para no verlos y, distraídamente, pensó en la pernera de cuero blanco que llevaba ese tambor de la Escuela Militar. Veía el muslo ceñido y el instrumento resbalando con gracia sobre el cuero inmaculado, y se dijo que, a lo menos, podría pedir en casa que le hicieran otra igual.

I

«Toute confiance est dangereuse si elle est entière».

La Bruyère.

Una pieza grande, sin ventanas. Por la claraboya cae una tenue luminosidad sobre un muchacho que está sentado en el

único mueble: una vieja chaise-longue. Está rodeado de juguetes esparcidos por la sala desnuda. Al fondo, entre unas maletas inmensas, unos canastos con tapas: es el «cuarto de la ropa». Vestido con pantalones negros y jersey azul, parece un niño del pueblo. Muy crecido; las facciones más delineadas; largos los brazos, cortas las mangas y un mechón castaño sobre la frente pálida, se está allí, inmóvil, con la cabeza entre las manos y la mirada perdida: hace dos horas que Daniel ha regresado de Europa. Las sensaciones y los recuerdos no han cesado de agolparse en su mente. Está fatigado, terriblemente fatigado.

En el trayecto de la estación a la casa ha visto unas calles bajas, aplastadas, que le parecieron de juguete. Hubiera creído tocarles el techo a las casas con sólo levantar el brazo. Y esa gente sucia, tan negra y fea que hablaba una lengua sin gracia: su lengua.

Quedaba la esperanza de la abuelita. Desde que partió le había escrito a París contándole cosas de Chile.—«Para cuando vuelvas m'hijito»—repetía al final de cada carta—«te tendré un regalo, una sorpresa que te dará mucho gusto».

¿Qué sería? ¿Un tren de vapor?—No; seguramente era un buque (había visto tantos en esos meses). La curiosidad lo picaba tan agudamente que el viaje de regreso casi lo había hecho de memoria. No veía nada. No quería ver nada... ¿Cuál sería la sorpresa?

Al llegar, la abuelita lo había ahogado en cariños y besos.— ¡Qué grande estás! ¡Qué te fueron a cortar los risos! ¡Eres todo un hombre! ¡Ya no podía vivir sin m'hijito!

Pasados los primeros transportes, fueron los eternos relatos del viaje.

—Y cómo te pareció París.

—Feo.

No hay razón para que un niño de ocho años encuentre hermoso París.

Las preguntas menudeaban y el momento tan deseado

parecía alejarse cada vez más. Fué aquí que Daniel, acercándose con disimulo, preguntó al oído:

—¿Y el regalo, abuelita?...

—¡De veras, hijito; casi se me olvida!

Y lo llevó al comedor.

Allí, sobre la mesa, suntuosamente preparada para el té había dos o tres jaleas transparentes, heladas, temblorosas. En el interior de los mamelones y dibujos, como incrustadas en vidrio, se veían las frutillas, las rodajas de plátano y hasta flores: algunas violetas brillaban dentro, coronadas de burbujas.

Daniel miró todo rápidamente y alzó la mirada, interrogando.

—¿Te gusta?—le salió al encuentro la abuela, creyendo interpretar la mirada.

—Sí, pero... el regalo cual es, abuelita.

—¡Bueno que ha llegado gringo este niño!... Te lo estoy mostrando y me preguntas cual es.

Daniel volvió la mirada a las jaleas; esta vez con un odio mortal.—¡Jaleas! ¡A él con jaleas!... Sin embargo, disimuló su contratiempo y hasta murmuró unas «Gracias» muy desabridas. Corrió en seguida al «cuarto de la ropa» y cerró la puerta. La abuelita se encogió de hombros y se fué al salón para atender a las visitas.

Daniel sabía muy bien que las jaleas no eran «el regalo». Comprendía que lo habían engañado con un presente que no existió jamás. Si al menos hubieran tenido la franqueza de decirlo... Pero hacerle creer que puede llamarse regalo una cosa que se come, que desaparece... Pero si la comida es una *obligación*. Cómo si pudiera ser regalo también el aire que se respira. ¡Y para ésto haber esperado tanto, tanto!...

Daniel echó su cabecita sobre el brazo y lloró desconsoladamente. Nunca antes, había llorado así. Hasta entonces, se limitaba a gritos y rabieta acompañadas de lágrimas: sim-

ples pretextos para inclinar una opinión. Ahora lloraba en silencio con toda la sinceridad de la pena. Lloraba para sí, como un hombre.

Cuando se hubo serenado, lanzó una mirada de rencor a sus viejos juguetes esparcidos por el suelo. ¡Qué feos eran! Cómo había podido divertirse con eso. Pensó en lo que había dejado atrás. Esa noche en Montevideo; su barco tan querido, inmenso allá arriba, iluminado por los reflectores, mientras abajo la gasolinera se sarandeaba en esa mar picada y barrosa del Plata. Nunca más volvería a pisar las tablas pulidas del puente ni a sentir el olor a caucho de las escaleras. ¡Para siempre!...

—¡Danielito. Good--bye my dear boy!—La buena *stuardess* agitaba su pañuelo por la redondela del Ojo de Buey. ¿Tampoco la vería más a la buena amiga que jugaba con él en esas tardes negras del trópico? Y Rowe, el *steward*, que corría en cuatro pies ladrando como perro y a quien él gustaba arremolinar la cabellera rubia y pesada.—Don't forget your old friend, Danielitow! ¡Goo-bye! ¡Good-luck!

¡Nunca sintió una pena igual! Esa despedida era su primera experiencia del afecto y de la nostalgia. Ya había dejado parientes en el curso de su pequeña vida, pero era otra cosa... Estimaba la sencillez infantil de estos buenos ingleses. La *stewardess*, ella no habría sabido mentirle; no lo habría engañado jamás. Ahora estarían lejos, navegando quien sabe donde; y él... aquí en Chile, bien firme en lo que fué y que seguiría siendo.

Ese instante bastó a Daniel para cortar el cordón umbilical de su espíritu: dejó de ser un todo indistinto. Supo quien era y donde lo había puesto el destino.

Secó sus lágrimas con un gesto brusco; enderezó la mirada, y con un ademán indiferente, bien cubierto de hipocresía, se encaminó al salón envuelto en su disfraz de niño.

II

«Laissez mûrir l'enfance dans les enfants».

J. J. Rousseau.

Ella tenía que llamarse Madame Dupont: pequeña, con mucho encaje, cadenillas colgantes y reloj prendido al pecho; sobre los hombros, una piel estrecha, mitad café y mitad raída; en la cabeza, un morcillón, y los cabellos recogidos en torno a manera de un cráter, de una torta o simplemente, de una carabela; todo opaco, como cubierto de polvo. Madame Dupont tenía ojos pequeños y vivarachos, la nariz respingada y un ligero prognatismo de la mandíbula que acentuaba el vacío de un diente y la conjugación «du verbe aimer»: *nous aimâmes, vous aimâtes, ils aimèrent: E. N. T. pour le pluriel*.

Madame Dupont estaba contenta con Daniel, pero no se lo hacía notar. Todas las mañanas, en la galería asoleada, junto al diario fresco de tinta y al desayuno humeante; en esa hora indefinible del aseo y del canario que se saca al sol, Madame Dupont sentada en la mesa de costura comenzaba a hacer malabarismos de impaciencia con el lápiz «bien taillé au canif».

—¡Danielitó. Danielitó! Voyons. Mais vous etes en retard, voyons.

Y Danielito acudía con una cara de Ogro que le era propia a esas horas matinales.

Madame Dupont comenzaba la «Priere de l'Enfant á son reveil»,

Donne une famille nombreuse
 Au père qui craint le Seigneur,
 Donne-moi sagesse et bonheur
 Pour que ma mère soit heureuse.

Daniel repetía la poesía entera con muy buen acento parisino. Sin embargo, tan pronto como Madame Dupont se detenía para sacar punta al lápiz por vigésima vez Danielito comenzaba a tararear:

Elle était jolie et bien faite,
La petite Nani Nanette.
Tan-taca-tan-tan
Pan-pan:
Elle est un morceau de roi.

—¡No hay que cantar eso!—exclamaba la francesa soltando indignada el cortaplumas de conchaperla. ¡Eso no es chanson por los niños: cosas de hombre, de hombres sucios!

Daniel inclinaba la cabeza con humildad fingida y pensaba que no era un hombre ni era sucia la buena Marianne del Hotel des Champs-Elisés.

Día a día se repetían las lecciones de Madame Dupont a pesar de los esfuerzos de Daniel por hacerse insoportable y conseguir así de que lo pusieran en un colegio como todo el mundo.—¡Jamás!—decía la madre—ahí les *pegan* la alfombrilla y las malas costumbres.

Después de algunos meses de prueba, Madame Dupont fué juzgada demasiado elemental, y en su reemplazo vino una señorita pedagoga que pronunciaba muy bien las eses finales mostrando una bella dentadura que lavaba al Odol. Además, sabía *mucha* historia y geografía de Chile. Agradable, la señorita Fresia, su trato era cordial y hablaba a los niños como si fueran seres racionales.

Durante meses recorrió Daniel la gama complicada de las primeras adquisiciones del espíritu. Le gustaba la Historia de Chile y se aplicaba en ella; desgraciadamente estos estudios vinieron sobre los de Historia Sagrada, sobreponiéndose en tal forma, que la fundación de Santiago bien pudo hacerse en el

Jardín de Edén que no habría tenido una importancia mayor. Cuando más tarde le mostraron cierta plazoleta del Cerro de Santa Lucía como el sitio preciso en que acamparon los Conquistadores, Daniel preguntó si los mandaba Don Pedro de Valdivia o si éste era otro que llevaba el mismo nombre. La verdad es que Pedro de Valdivia nunca fué para el niño otra cosa que una lejana avenida a donde iban en coche los domingos para comprar flores de aramo.

Cuando avanzaron más en los estudios, la señorita Fresia comenzó a hablarle de los *patriotas*. A Daniel se le antojaron «unos hombres guatones». Todas las palabras en *ota* debían corresponder a vientres prominentes.

También establecía extrañas asociaciones con palabras cuyo sentido ignoraba; así el Sitio de Rancagua era un terreno baldío, rodeado por alambres de púa, sobre los que saltaba, triunfante, O'Higgins y sus huestes.

La batalla de Cancha Rayada era otra cosa absurda: una especie de cancha de fútbol estriada por blancas líneas de tiza.

Estas relaciones de ideas reemplazaban a los hechos en la mente de Daniel. Ellas eran actuales, propias de su experiencia infantil. Los sucesos históricos, en cambio, sólo abstracciones valorizables en la medida de una cultura que el niño no poseía todavía. Es curioso que los pedagogos que se den por conocedores de la mente infantil, no se esfuercen en *situár* los conocimientos en el tiempo y el espacio, rompiendo las asociaciones antojadizas y «condimentando» aquellos hechos que para el niño no pueden tener sabor. Los conocimientos llegaron a la mente de Daniel como los libros al estante de una biblioteca: todos verticales y sin espacios entre unos y otros.

De todas las ciencias, las Matemáticas fueron para él su magia negra. Le eran odiosas, incomprensibles y estúpidas, y, por otra parte, como no tenía la menor facilidad para moverse en ellas, procuró desde temprano desacreditarlas. No le fué difícil combatir su «*esprit géométrique*» como habría dicho

Pascal, con su «*esprit de finesse*». El hecho de que ciertas divisiones dieran como cociente una serie infinita de tres, le pareció la mejor prueba de que esta ciencia no servía para nada. Además, aunque parezca extraño en un niño, tenía ciertas dudas muy graves sobre la unidad del número 1.

El conocía las cuatro operaciones. Laboriosamente—sobre todo para la tabla del 9—había llegado a digerir esos condimentos infernales que son los cálculos aritméticos. Vió que todos ellos estaban basados en el número 1, en la Unidad. Daniel pensaba muy seriamente—era un espíritu absolutista—que la Unidad era llamada así porque poseía cierta cohesión indestructible, una solidez a toda prueba; en una palabra porque su «unidad» era perfecta. Ahora, cuál no sería su sorpresa al constatar que esa unidad tan digna de respeto, era susceptible de fraccionamientos y desquiciamientos infinitos. Bajo el Número Uno, se extendía en profundidad un Averno de divisiones y subdivisiones sobre las que tronaba, en hipócrita contradicción, *la unidad una del número uno*. Fué así que Daniel llegó a imaginar que todas las superestructuras, o sea, todas las combinaciones superiores de los múltiplos del Uno, sólo eran fracciones también de alguna Unidad-Monstruo. Esta idea rica en sugerencias, lo llevó a pensar más tarde que el concepto de Unidad no era propio de las Matemáticas sino de la Psicología; cualitativo y no cuantitativo; una *unidad mental* correspondiente a la vida de relación y no a la vida de los números. Los matemáticos sólo pueden *combinar cantidades* y no sabrían que hacer con la Unidad como no sea destruída, fraccionándola, o desvirtuarla, multiplicándola.

La ignorancia matemática de Daniel le impidió saber si estas dudas ya habían sido formuladas por otro. Para él era igual: las había descubierto. Era propio de su mentalidad esas elucubraciones que podían marchar parejas con sus juegos de Hadas y sus casitas de cartón. Su espíritu, anclado para siempre en ciertos aspectos infantiles, podía en otros lanzarse en

vuelos atrevidos que lo adelantaban por mucho a los niños de su edad. La señorita Fresia veía el primer aspecto, solamente: un Daniel muy niño ingenuo y terriblemente distraído. Teniendo una memoria excelente, costaba un triunfo grabar algo en su cabecita inquieta.

La verdad era otra: el niño estaba muy lejos de la señorita Fresia; tal vez en regiones que ella misma no habría podido alcanzar con todo su bagaje pedagógico.

El, por su parte, tampoco comprendía su verdadera posición. Lo que llamaba tristemente «su dificultad para aprender» no era otra cosa que la avalancha de su espíritu crítico, interpuesta en el camino por donde el razonamiento «sobre medida» de los demás, circulaba libremente. Daniel habría sido un insoportable pedante si hubiera tomado conciencia de estas cosas. Pero ya lo dijimos, quedó anclado en la niñez. Su vida se deslizó en un *mea culpa* perpetuo, lamentándose de una *incapacidad colectiva* que sólo era el reverso de su *capacidad individual* para vivir en lucha perpetua con el ambiente.

Parecerá extraño que Daniel comenzara sus primeros estudios con las Matemáticas, la Historia y los versos de Lamartine, pero es el caso que este niño—no sabemos por qué razón—nunca supo lo que era el Silabario. Un buen día cogió un periódico y se encaminó a la pieza de la abuelita para preguntarle el significado de la palabra Maderás (así había leído él). La abuela apartó la mirada del tejido y la fijó en la palabra que el niño le indicaba: en la parte inferior del diario, en gruesos caracteres aparecía un aviso de maderas.—«No, hijito; leyó mal. Aquí dice MA-DE-RAS ¿Me entiendes? Vigas, palos; es el aviso de una Barraca».

Iba a continuar con su tejido, la abuelita, cuando se detuvo, y mirando por encima de los lentes: «¿Quién te enseñó a leer?», preguntó alarmada.—«Nadie, abuelita; aprendí... leyendo».

Desde entonces fué un vicio para Daniel ir deletreando por las calles los rótulos de los almacenes y los avisos del «Té Demonio».

III

«Trois fois il appela Hylas, de toute la force de son grossier profond. Trois fois l'enfant répondit: mais sa voix, venant du fond de l'eau, arriva toute grêle; et, bien qu'il fût toute proche, il semblait élvigné».

Théocrite.

Hay en la vida de los niños períodos en que el tiempo se detiene; otros en que fluyen tan rápidamente que no alcanza a dejar huellas. Así Daniel en su primera infancia creyó recorrer una etapa inmensa, inmóvil, sin fin. Fué ella quien le comunicó el sentimiento de permanencia, esa ignorancia de la muerte que envuelve a los niños como una cortina de humo, protegiéndolos hasta la pubertad. Ahora la vida tomaba otro ritmo. Ya no era la modorra suave y triste que se detenía en el aburrimiento como en un punto muerto. «La historia se hacía interior». Aun cuando «afuera» no pasara nada, el niño se sentía pletórico de aventuras. Otras veces era la inversa: ocurrían muchas cosas y todo se borraba. Fluía el acontecer como un río de imágenes superpuestas que no llegaban a tener significación. Así, por ejemplo, hay aquí un invierno descolorido y que, sin embargo, cobra un significado especial por estar junto a los primeros recuerdos del trueno. Tronaba el cielo en esos días en forma aterradora (Daniel no pudo explicarse nunca por qué). Aquello comenzaba con un estampido seco y deslumbrante, seguido de un desgarrarse de mil lienzos que iban transmitiendo su eco por los ámbitos celestes hasta adquirir el tono bajo y profundo de la avalancha.

Daniel, que ya se creía un hombre, afirmaba y porfiaba que no sentía temor, pero su corazoncito latía con violencia. ¿Quizás recuerdos de esas noches rojas, de esos astros de fin de mundo y del Gran Terremoto? Como sea, él saltaba de gozo cuando la tempestad, ya lejana, sólo era un comentario alegre en el patio húmedo, entre las palmeras inclinadas que lloraban todavía el insulto del aguacero.

En este invierno hay el recuerdo de una mujer muy hermosa, amiga de la casa. Era alta, de pecho airoso y llevaba prendido sobre la chorrera de encajes un ramillete de violetas. ¿Qué relación podía haber entre la tempestad y el ramo fresco y delicado prendido en el pecho de la hermosa señora? Lo cierto es que Daniel, desde aquel entonces, tuvo una predilección especial por las flores de invierno: los juncos, las violetas, los jacintos eran para él la sonrisa de la lluvia; algo inmaterial que nace por ensalmo del bulbo oscuro y muerto, crece y se levanta en blandos tallos de agua dejando caer su perfume helado y transparente; olor a pura infancia, serena y alegre; algo que desconoce la flor de tallo leñoso, aquella que resiste al sol del estío y que se funde en la embriaguez del sexo.

Estas flores forman parte de lo que podríamos llamar los primeros impulsos místicos de Daniel. (Simple lenguaje burdo para entendernos entre adultos. En realidad él no supo lo que era la vida mística hasta ser un hombre ya maduro. Hubo un largo sueño entre la oración de la Noche Trágica y el redescubrimiento de Dios a los treinta años).

Este «misticismo» comenzó con el olor de unos jacintos y un par de floreros de loza que la buena Chepita le había obsequiado para su cumpleaños. Fueron los floreros y las flores que hicieron necesaria la imagen, y no la inversa. Quizá si no fué mejor... Había ya un entusiasmo por lo bello natural que hablaba más claro al corazón de Daniel que las feas imágenes de yeso. Para él, Dios estuvo más presente en los jacintos que en ese desteñido Corazón de Jesús. Sin embargo, la ima-

gen era indispensable, porque si no ¿a quién le habría encendido la lámpara de aceite que le regaló la tía? Estaba cubierta de piedras preciosas la lamparilla y proyectaba hermosas sombras multicolores a través de sus gemas y calados. Era él quien le cambiaba la mariposa dos veces al día y era la buena Chepita la que corría al almacén de la esquina con la botella vacía, para luego traerla llena de un aceite rubio salpicado de burbujas que subían con lentitud.

Había también el zahumerio—es preciso no olvidarlo—que él quemaba delante de la imagen. Venía del Perú, en panes delgados y grises o en figurillas adornadas con cintas y alambritos plateados que se enroscaban en complicados espirales. La abuela lo tenía escondido celosamente en una caja de cuero muy larga que servía para los guantes de baile. De ahí salió también un «Detente» que hizo subir en varios grados el espíritu «místico» de Daniel. Era cuadrado; un cartoncito de lana blanca con un picado en los bordes, y dentro, bordados en seda, oro y plata, un corazón sangrante, una corona de espinas, y alrededor, unos «No me olvides» celestes y puros, en graciosos ramilletes entrelazados por los hilos metálicos. ¡Qué hermosura! Desde que Daniel lo vio no pudo pensar en otra cosa. Después de muchas vacilaciones la abuela se lo confió, pero *solamente prestado*. La abuela no daba nunca nada, como no fuera cosas de comer. Es cierto que estas últimas habría sido más difícil prestarlas... A Daniel se le echó a perder todo el goce del «Detente» al oír la palabra *prestado*. La verdad es que a Daniel se le echaban a perder todos los goces que le venían de los suyos, y que de no haber mediado las mil chucherías y antojos que le procuraban las sirvientas, habría tenido una infancia harto triste, a pesar de los cariños excesivos y de los cuidados irritantes. ¡Qué hacerle! los niños son terriblemente injustos... pero tienen infancia una sola vez, y la desean como ellos la sienten.

Hay por lo menos dos tipos de niños que nos pueden dar una luz sobre lo que hemos dicho: los de sol y los de lluvia.

Los primeros, desde que nacen desbordan alegremente hacia el exterior. Son una primavera deliciosamente inconciente, con sus tormentas pasajeras, sus cambios de luz y de carácter; un verano fecundo, también, cargado de frutos que maduran juntos y caen.

Los de lluvia parecen un largo invierno dormido donde se almacenan los tesoros ocultos de la experiencia y de la personalidad; en ellos no aparece el brillo vistoso del follaje y sus frutos tardan en germinar.

Los niños de lluvia nacen tristes, al decir de las gentes; no es verdad: nacen preocupados, lo que no es lo mismo; si a veces su mirada parece tornarse sombría y su carácter, retraído, no es por culpa de ellos: los niños de lluvia podrían ser los más felices de la tierra si estuvieran solos en el mundo pero hay los otros, los de sol. Estos, no viven como ellos, pacíficamente; se desarrollan con ferocidad; tienen hambre de conquista y de superación brutal. No es mucho lo que avanzan en la vida, pero si, mucho lo que destruyen y hieren en su afán de avanzar. Los niños de lluvia los miran desde lejos para ver si podrían hacerlo igual. No les temen ni son tímidos como lo han creído los psicólogos de profesión. Se saben mejores, pero son demasiado conscientes para lograr competir en una lucha así. Además, hay en los niños de lluvia como una derrota anticipada: su propia sensibilidad. Luchan un poco y se retiran resentidos; tal vez, aprendiendo ya lo que significa odiar. Y ocurre que odian con toda el alma; y admiran; y, a veces, llegan hasta amar, que es excesiva la preocupación que da el odio para que no se identifique algún día con la del amor. Y es así como los niños de lluvia que se sienten ya hombres en su soledad, terminan por ver en los otros a unos niños más pequeños e inconcientes, compañeros que no consuelan, pero dan calor a sus almas pensativas con la efervescencia de su vivir. Por esto, no es una simple imagen la que nos lleva a llamarlos Niños de

Sol, ni es una simple casualidad la que pone en boca de los otros la palabra: amistad.

Daniel era, sin lugar a dudas, un niño de lluvias; de no ser así habríamos podido relatar su vida diciendo: nació, jugó, fué a la escuela y se hizo grande.

Daniel casi no jugó en su infancia—esto es muy importante—no jugó debido a que nadie—menos los chicos que los grandes—quería colaborar en su fábula interior. De adulto pudo jugar mucho más.

Daniel había observado que los juegos de «los otros» apelaban a la destreza y a la astucia. Los suyos a la imaginación y a los placeres inefables que podía proporcionarle el mito cuando era recibido con toda seriedad. Advirtió desde temprano que los demás niños y la gente no sabían el significado de la palabra: placer. Lo que llamaban así, era para Daniel apenas una distracción; casi siempre una necesidad; algo ajeno al lujo, obligatorio, como dormir y comer.

En cuanto a la astucia, Daniel nunca pudo distinguirla de la maldad.

¿Y la destreza?—Bueno, una actividad tonta como una pirueta de monos en la jaula de cualquier Zoo...

Daniel no pensaba así.

Su desprecio por la destreza era el reverso de su propia torpeza. Era torpe, aunque tal vez menos de lo que pensaba él mismo y los demás. Habría llegado a ser mejor si hubiera podido probarse sin la rueda de muchachos que se burlaban anticipadamente de sus fracasos; sobre todo, cuando jugaba al trompo. Nunca pudo lanzar el trompo, y nunca pudo librarse más tarde de la rueda, aun cuando ya no se tratara de lanzar el trompo.

En una ocasión, después de varios intentos fallidos, un compañero cogió del suelo un juguete de estos y se lo pasó a Daniel. Le brillaban los ojos al niño al ver el trozo de madera zumbador, girando vertiginosamente en un vaho de colores

superpuestos que se resolvían en un gris de niebla.—«Pon la mano bien tiesa que te lo voy a echar...»—El muchacho, con un movimiento rápido hizo deslizar el trompo de una palma a otra. Daniel sintió un hormigueo insoportable de cosa viva que rasguña, perfora y se escurre con voluntad propia. Soltó el trompo con ira y se quedó sobando la mano contra el pantalón. El otro lo miró disimuladamente, con sorna. A sus pies, el trompo daba los últimos estertores, y, capaz de contradicción, giraba al revés antes de resignarse a la inmovilidad.

Era doloroso para Daniel ver que los demás jugaban al trompo con destreza y que él no podía hacerlo. Llegó a desearla con fervor, como un don del cielo. Admiraba y envidiaba a la vez a los que se distinguían en campeonatos y competencias.

Sin embargo, nunca sintió envidia por los astutos. Le eran odiosos. La astucia se le antojaba una mezcla de cobardía, traición, mentira y doblez de ánimo; sobre todo, espíritu utilitario: algo muy comercial.

Por aquellos días coleccionaba sellos como todos los niños de su edad. Era conocido entre los amigos, lo fácil que era «engañar» a Daniel dándole sellos hermosos por sellos valiosos. El lo sabía, pero le gustaban los sellos grandes, de bellos colores, con vistas panorámicas o motivos novedosos. La madre, que se inclinaba del lado práctico, como todas las madres, lo reconvenía, y él se escandalizaba de verla así, desvergonzadamente, en el partido de los astutos.

—¡Pero si te están robando!...

—Puede ser, mamá, pero yo no estoy negociando.

—No es necesario negociar para no dejarse robar.

—Pero es necesario quedarse con los sellos feos...

—Son los que valen más.

—Bueno, mamá, entonces si he de juntar lo que no me gusta es mejor que no haga colección.

Porfiaba, y era para él un goce inmenso ver llegar «al astuto» con sus hermosos sellos baratos que Daniel atesoraba con

pasión, limpiándolos, pegándolos en el álbum en grupos artísticos, mientras el otro, con una sonrisa diabólica, partía casi sin despedirse llevándose sus horribles sellos valiosos escondidos en el bolsón. Daniel lo miraba alejarse, feo, opaco, sin otro ideal que su dinero. El se quedaba pensativo, burlado, pero en el fondo, feliz de pensar que, una vez terminadas las tareas podría encerrarse en su pieza para contemplar a gusto los últimos canjes de la colección.

¿Olvidemos mejor que hay dos tipos de niños?

(Continuará)